

1.- El Pbro. Rafael Larraín, entonces “ asesor nacional y arquidiocesano”, o mejor dicho “fundador”, en Chile de la JOC, Juventud Obrera Cristiana, se propuso, en colaboración con la señorita Ángela Ochagavía, asesorar un Sindicato N° 2 de Empleadas de Casa Particular, con existencia legal, que era dirigido por 5 empleadas, de cierta edad y de pertenencia católica clara: Aurelia Molina, Martina Guerrero, Sara Espejo, Sara Marambio y Carmen Lagos. (Estas tres últimas conocidas como “las tres Saritas”, porque eran muy amigas y las dirigía Sara Espejo). Quería Rafael que la JOCF penetrara poco a poco en el Sindicato y le diera la misma orientación que él le estaba dando a la JOCF. Eligió para esta tarea a dos excelentes militantes jocistas: Dolores Véliz y Digna Sobarzo, de ambiente obrero pero ajenas al “servicio doméstico”.

Yo era, en aquel entonces, asesor de la JOC, a pedido de Rafael Larraín. Pero él asesoraba a las niñas, el presbítero Carlos González a los jóvenes y yo estaba mas o menos disponible. Me pidió Rafael que asesorara este Sindicato y que me preocupara de las empleadas de casa particular, quienes, hasta entonces, habían permanecido al margen de la JOC. Pero no me habló de Dolores y de Digna, ni del trabajo que les había encomendado a ellas. Pese a ese desencuentro inicial, nos avenimos muy bien y tuvieron una influencia muy positiva en los primeros tiempos. Yo acepté este encargo con mucho agrado. Conocía a las empleadas de casa particular porque en casa de mis padres –en Europa y en Chile- siempre hubo empleadas y yo siempre me interesé por ellas y me avine con ellas.

Al poco tiempo me convencí que una obra apostólica para empleadas de casa particular debía tener tres características. Primero: ser de las empleadas, para las empleadas y orientada y dirigida por empleadas. Segundo que en la formación de las primeras dirigentes y de las que vendrían después,

convenía usar el método e introducir el espíritu de la JOC, y la inspiración, tanto del canónigo Cardijn, el belga fundador, como la de Rafael Larraín. Y tercero, que las empleadas necesitaban un hogar donde pudieran organizar “servicios”, ya que las empleadas vivían en casa ajenas, en barrios “apatronados” y necesitaban tener un lugar propio en el cual reunirse y donde pudieran vivir las dirigentes consagradas a tiempo entero a este apostolado. Así nació el Hogar de la Empleada, de Tocornal 315. Ahí saltó la “chispa inspiradora”, como tú la llamas.

2.- La primera tarea fue descubrir y llamar a las primeras militantes, las fundadoras, las dirigentes de los primeros años. Yo visitaba los “centros de empleadas” que funcionaban en muchas parroquias “residenciales” y exponía el proyecto. Esperaba que a algunas de las presentes “le brillaran los ojos” y que se acercaran, después de la charla a hablar conmigo. La primera que me manifestó su deseo de dedicarse por entero al proyecto que les había expuesto fue Ana de la Fuente. Después vino Ester Vargas, después Marta Pino. Después varias más, pero quizás más por la acción de estas tres primeras dirigentes, y de Dolores y Digna, que por la mía: Inés Rocco, Elba Bravo, Dina Garrido, Teresa Carrillo, Julia Castillo, Rita Abarca, Flor Madariaga y varias otras. Cuando dejé el Hogar, en 1958, vivían en Tocornal 315 unas doce “permanentes”. Eran el alma del Hogar.

Cada una de ellas tenía un carisma propio. Ellas se repartían los cargos según las circunstancias y las vocaciones. Ana se destacaba por el espíritu de oración y una cierta rigidez campesina en la moral. Marta era muy inteligente y solía exponer la mística de la obra como ninguna. Ester tenía el dinamismo apostólico, la entrega, la dedicación. Y así cada una aportaba lo suyo pero todas compartían una mística común, de espíritu evangélico, de espíritu de

comunidad, “empleadas al servicio de las empleadas”, y de ánimo de superación dentro y a través de su profesión de empleada.

3.- El Padre Hurtado me consideraba un poco como uno de sus discípulos; se interesó por el Hogar de la Empleada y nos cedió gratuitamente las primeras oficinas del Hogar de Cristo, en Alonso Ovalle, frente al Convento de los Jesuitas. Fue el primer Hogar de la Empleada y ahí estuvimos cerca de un año. Después nos ofreció el Padre Hurtado el sitio de Tocornal 315 con sus construcciones, dándonos facilidades para que pudiéramos pagarlo poco a poco. El precio fue de \$4.000.000 de aquel entonces, y se pagó íntegramente con las cuotas de las mismas socias. Y diría que el Padre Hurtado miró siempre con especial cariño nuestro Hogar, pero la dedicación total a sus obras propias, empezando por el Hogar de Cristo, no le permitió involucrarse personalmente en la obra.

4.- El cambio cultural y social que se ha producido en el mundo, y en Chile, desde 1950 hasta ahora es tan grande que todo debe ser pensado de nuevo. La religión se vive de otra manera y la profesión “asesora del hogar” o de “trabajadora de casa particular”, o de “nana” es tan diferente de lo que era entonces que, tanto el “espíritu apostólico” que estaba en la base del Hogar de aquel entonces, como la “voluntad de servicio” que se vivía entonces, debe expresarse hoy en formas diferentes. Pero la base no puede ser sino la misma: la fe en Dios, el amor a Cristo, la docilidad al Espíritu Santo, la fidelidad a la Iglesia, por parte de los animadores de la obra; la unidad de las dirigentes en una tarea apostólica común y en un mismo afán de servicio. Y luego estudiar la situación de hoy y adaptarse a ella.

5 y 6.- Tal vez siga plenamente vigente una fórmula que entonces inspiraba mucho: “respetarse a una misma, y respetar a los demás, hacerse respetar y hacer respetar a los demás”. La dignidad personal; la actitud no conflictiva – salvo casos de necesidad- con los patronos y la defensa de la justicia una misma u otras empleadas eran víctimas de la injusticia: sigue siendo una inspiración y un programa. Y la idea de “superación”, de “crecimiento” personal. Y finalmente la idea de “familia” y de “hogar”: la empleada de casa particular ayuda a una familia, contribuye a crear un hogar y al mismo tiempo, se preocupa por tener su propia familia y su propio hogar.